

LA VERDAD SOBRE EL FIN DEL MUNDO

FÁBULAS Y COLUMNAS

COOKIE MUELLER

Traducción del inglés
de Rodrigo Olavarría

los tres editores

EL UNO POR CIENTO

Dodge Lee llevaba una vida secreta. Era el tipo de vida secreta inimaginable, inaceptable y siniestra que espantaría a casi todos sus amigos y conocidos. De hecho, era el tipo de vida secreta que horrorizaría fácilmente al noventa y nueve por ciento de la población mundial.

Para Dodge, el dueño y protagonista de ese secreto, se trataba de algo más. No le parecía ni peculiar ni terrible. Se sentía cómodo con su secreto y sabía que el otro uno por ciento del planeta lo entendería.

El secreto de Dodge era su sed. Era un amante de la lluvia dorada, un hombre dedicado a los deportes acuáticos, un traga meados. Durante el día era como todas las personas: al desayuno comía huevos con pan tostado y café, y bebía agua mineral o vino con la cena, pero en la profundidad de la noche tomaba orina en húmedos bares de pis. En esas noches su vida secreta florecía como los jazmines que solo muestran su esplendor de noche, iluminados por una perfecta luna llena de

verano. Estaba mal, pensaba él, saborear la orina de la forma en que él lo hacía, pero era un secreto que llevaba con orgullo pasada la medianoche entre los correigionarios del uno por ciento que habían visto de todo y llevaban más de quince años sin sonrojarse. Ahí estaba él: un atrevido en la oscuridad, el pilluelo de la jeta dorada.

Dodge realmente amaba la orina, lo suyo no tenía nada que ver con la moda que reinaba en los bares que frecuentaba, realmente la amaba. Para él se trataba del fluido de los dioses, un elixir líquido hecho para el éxtasis, y no podía saciarse, todavía no descubría su límite. A veces sentía su corazón henchido y a punto de explotar de amor por el pis.

Este amor obsesivo lo atribuía despiadadamente a su madre, esa vieja bruja. Ella lo había arruinado. Era su culpa haber salido como salió, pensaba, pese a que la mayoría del tiempo no era para nada infeliz viviendo su pequeña peculiaridad.

Su madre, Hilda Lee, había sido una sucia alcohólica. Era una suerte que estuviera muerta; si no fuese así, Dodge tendría que haberla matado. Casi la había estrangulado en un par de ocasiones, de pura rabia. Si ella no hubiese caído borracha una noche en un pozo de asfalto, cuando los bares estaban cerrados, en una calle concurrida, seguramente lo habrían condenado a muerte por su asesinato.

Dodge contaba la historia de su muerte a otros deportistas acuáticos y a su psiquiatra, el doctor Bernstein. Decía que probablemente se había quejado toda la noche y que nadie la escuchó. Decía que, al día siguiente, mientras la gente iba al trabajo, la encontraron ahí abajo cubierta de basura: botellas de cerveza y latas de Coca-Cola, bolsas vacías de patatas fritas

y envoltorios de caramelos. Estaba en el lugar correcto, decía, porque muerta no era más que una cáscara, un envoltorio, una bolsa vacía cuyo contenido se había agotado. El continente, por fin, había sido descartado.

«Qué bueno que está muerta». Dodge se encogía de hombros. «No solo era una mala mujer, era una bruja. Ella me hizo así como soy».

A uno solo le queda suponer qué pudo hacer una madre para producir un hijo tan interesado en la orina. ¿Acaso una madre usa un elegante vestido de goma y amarra a un niño pequeño al asiento de un inodoro en un baño cálido y relajante que además huele bien? O quizá la madre es una locuela inocente, una mujer extraña, una cabeza hueca con una visión torcida de la realidad que hace ver las cosas extrañas como totalmente normales. Ciertamente Hilda Lee provenía de una familia *white trash*, pero también la mitad de la población de Estados Unidos. Ser pobre y paleta no es necesariamente un factor que contribuya a la perversión de una persona.

«Nunca mostró siquiera un ápice de clase –le decía Dodge a su psiquiatra– y, si no lo creías, solo tenías que echar una mirada a su cabeza. Siempre llevaba el cabello lleno de rulos de espuma y pinzas negras. Nunca supe cómo se veía su pelo sin esas cosas. Me preguntaba cuándo sería la magnífica fiesta para la que estaba preparando su pelo».

Es cierto que siempre hubo algo de misterio alrededor de Hilda, además de los rulos de espuma, quiero decir. Algo por lo que realmente se la podría culpar. Una vez, cuando Dodge era pequeño, encontró en su mesa de noche un libro de brujería con un críptico fragmento subrayado. Decía algo sobre las brujas

robando los penes de los fanáticos religiosos para guardarlos en cajitas donde se retorcían como gusanos. Después de leer esto, Dodge supo que su madre debía de tener una tonelada de penes escondidos en su bolso de cuero negro. Ahí era donde guardaba todas las pollas de la familia: la de su padre, las de sus hermanos, las de sus primos. Afortunadamente él todavía conservaba su propio pene, gracias al cielo.

«Entonces, una noche decidí revisar su bolso –le explicó Dodge al silencioso doctor Bernstein–, pero no había ningún pene. Lo único que había era un poco de dinero, un cepillo para el pelo, lápiz labial, una petaca de bourbon y un rollo de papel higiénico... Papel higiénico, porque era demasiado tacaña y ordinaria como para comprar pañuelos desechables».

Dodge le dijo al psiquiatra que debió aceptar que su madre no le había robado el pene a nadie, al menos no en un sentido literal y físico, pero sí en el sentido de que había emasculado a todos esos hombres. Ella les había robado su poder para luego ponerlo donde no podrían encontrarlo.

«Con razón todos la odiaban», agregó.

De modo que Dodge culpaba a su madre de todas las cosas, y creer eso lo exoneraba. No era culpa suya, la culpa era de ella, él era solo una inocente víctima de las circunstancias. Lo que no podía ver era que, al igual que él, ella también era una víctima.

El psiquiatra escuchó en silencio a Dodge despotricar contra su pobre madre durante largos años llenos de lloriqueos hasta el día en que, por fin, después de miles de horas de silencio, años de no decir literalmente nada, encontró algo que decir. El doctor Bernstein, el psiquiatra leal y paciente, se lo

dijo así: «Mire, Dodge. Escúcheme bien. Usted dice que su madre se la pasó bebiendo cerveza mientras gestaba. Resulta que la cerveza es un diurético y todo el mundo sabe que durante el embarazo el bebé presiona la vejiga de la madre forzándola a orinar con más frecuencia. Me dice que cuando empecé a sentir dolores de parto estaba sentada en un bar tomando cerveza. Entonces, cuando llegó al hospital y usted comenzó a deslizarse por el canal de parto, la vejiga de su madre debió de estar a punto de explotar. Creo que ella debió de orinar sobre su cabeza en el momento mismo de su nacimiento».

Se quedó con la boca abierta. Este doctor no podía estar hablando en serio, ¿o sí? ¿Era esto psiquiatría de libro? ¿Tenía alguna validez esta opinión desquiciada? Probablemente no, sencillamente este doctor era un subnormal, un idiota agarrado al clavo ardiente de la Gestalt. Casi pierde el interés por el meado en ese mismo instante. Le dijo al doctor Bernstein que era un idiota y salió dando un portazo. Nunca volvió. Tiempo después, tras una reflexión benevolente, Dodge consideró que quizá el doctor buscaba quitarle su apetito por la orina diciéndole eso. Bueno, no había funcionado.

Entonces Dodge decidió dejar de analizar su obsesión y simplemente disfrutarla. Tenía que dejar ir el pasado, era demasiado oscuro; dejó de pensar en el futuro, era demasiado incierto. Decidió concentrarse exclusivamente en el presente y así descubrió la claridad. Así descubrió la felicidad. Finalmente decidió salir del armario y admitir abiertamente al mundo su amor por la orina. Compartió su secreto con todo el mundo, y en el proceso perdió a muchos viejos amigos, pero también hizo nuevas amistades.

Para su sorpresa descubrió que la mayoría de los adeptos a la orina no eran para nada gente sórdida. De hecho, se parecían a él. Tenían trabajos respetables, familias donde reinaba el amor, y eran generalmente gente sana. Siempre había tenido un prejuicio y se había sentido superior a las personas que llamaba «reptiles de la orina», es decir, personas que consideraba despreciables y sin alma. El tipo de persona que parecía estar siempre en los bares de meado esperando que la orina fluyera sin ver la belleza que había en ello. También se sentía superior a los que llamaba «novatos del pipí», es decir, los entusiastas de la orina que solo aparecían los fines de semana. Él no pertenecía a ninguna de esas categorías, no era un asqueroso ni un amateur: era un tipo de primera, y la orina era su vida.

Después de eliminar sus prejuicios abriendo su mente y la puerta del armario, Dodge empezó a ser una persona más feliz. Incluso, la Nochevieja de 1978, adoptó la resolución de no culpar de todo a su madre.

Así fue como Dodge empezó a funcionar pacífica y normalmente, yendo a su trabajo de diseñador en un estudio internacional de arquitectura y por las noches frecuentando sus bares. Era un hombre educado y no demasiado salvaje. No era el tipo de persona que se sentaba desnuda en la bañera de pis de la habitación del fondo aceptando los fluidos de cualquiera, y ciertamente nunca había esperado en la sombra de los urinarios. Siempre se iba a casa a una hora razonable, generalmente a eso de las tres de la mañana. Tuvo un par de largas relaciones con hombres que vestían de cuero o tipos que llevaban pañuelos amarillos en el bolsillo izquierdo de la parte posterior de sus vaqueros. Tenía amigos buenos y leales, hombres y mujeres.

Un invierno incluso intentó sentar cabeza con una irlandesa adicta a los maricas que admiraba su colección de floreros de vidrio soplado.

Todo iba bien hasta una noche de primavera en que escuchó hablar de una enfermedad llamada GRID,* que flotaba en el aire de las discotecas gay. Al principio solo un puñado de personas se preocuparon, pero cuando todo tipo de persona empezó a contagiarse, cuando cambiaron el nombre de la enfermedad de GRID a sida y se descubrió que era un virus que se transmitía a través de los fluidos corporales, Dodge obviamente entró en pánico. Estaba todo el tiempo preocupado. La ansiedad se lo comía por dentro. Finalmente se hizo una prueba y por desgracia los resultados dieron positivo. Un par de meses después aparecieron unas lesiones de color magenta furioso en sus muslos e ingresó en un hospital para morir. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Estaba muy confundido. ¿Cómo podía ser que ese hermoso fluido dorado, ese líquido puro y honesto, fuera tan maligno, tan perverso, tan peligroso? Para él no solo se trataba de una obsesión, sino de su ancla a la realidad. Ahora nada tenía sentido. De pronto Dodge no encontraba asidero. Estaba viendo como todas las cosas importantes en su vida pasaban a tener el vigor de las hojas de un árbol cuando se acaba el verano. Esas regordetas hojas verdes se habían encogido, pasando a ser

* Al inicio de la epidemia del sida, uno de los nombres que se usó para llamar a la enfermedad fue GRID, por sus siglas en inglés: *gay-related immune deficiency*. Esta sigla peyorativa fue usada por medios de comunicación y políticos que querían atribuir la enfermedad exclusivamente a la comunidad homosexual. El término sida comenzó a utilizarse hacia mediados de 1982. (Nota de los editores)

frágiles y marrones en octubre. Hacia diciembre ya no quedaban hojas en el árbol, se habían desintegrado y desaparecido por completo.

Estaba listo para morir lo antes posible. Nadie podía culparlo. Débil, desesperado y con el corazón hecho trizas, decidió prepararse para enfrentar la muerte con todos sus asuntos en orden. Además de escribir su testamento, planear la donación de sus muebles y ropa, y tomar la decisión de cremar su cuerpo, empezó a estudiar un poco sobre espiritualidad para poder saludar a Dios habiendo hecho su tarea.

Estudió la Biblia, la Torá, el Corán y los libros tibetano y egipcio de los muertos como si fuesen requisitos para pasar de curso; repasaba las páginas de esos textos arcaicos y memorizaba los hitos importantes. El último libro en su lista era el Bhagavad Gita. Lo leyó pero no lo entendió. Había demasiados dioses y diosas.

Alguien le dijo que haría mucho mejor leyendo la biografía de Gandhi, porque Gandhi era jainista y encarnaba bastante bien el espíritu de las escrituras hinduistas. Fue durante la lectura de esta biografía cuando todo cambió para Dodge. Este libro se convirtió en su salvación. En realidad, no fue el libro en sí mismo, sino algo que el libro revelaba sobre Gandhi. Si Dodge no hubiese dado con ese secreto, habría muerto al cabo de un mes. Ya había perdido todo: su esperanza, su orgullo, su sentido del humor y su vida, pero fue justo en ese momento cuando cayó en un pozo milagroso.

Para su descomunal deleite, Dodge descubrió que Gandhi, para mantener una salud óptima, bebía su propia orina todos los días. También descubrió que muchas personas, primeros

ministros y líderes religiosos indios, hacían lo mismo. Luego descubrió que muchas personas saludables de todo el mundo, incluyendo Estados Unidos, estaban bebiendo su propia orina. Era un remedio homeopático que funcionaba del mismo modo que las vacunas.

Y, bueno, Dodge apenas podía creerlo. ¡Era un milagro! ¡Era emocionante! ¡Era alucinante! ¡Una nueva aventura! Además, tenía todo el sentido del mundo. De inmediato se sintió como un hombre nuevo. Apenas acabó de leer el pasaje sobre Gandhi bebiendo su orina, levantó de su cama la botella de pis y la empinó con entusiasmo. En cosa de tres días volvió a caminar. Ahora sabía que mientras pudiera beber su propia orina estaría bien.

Tiró a la basura las pastillas prescritas por el médico, y también su número telefónico. Lanzó por las escaleras el andador ortopédico.

Estaba feliz con su propia orina, tenía un sabor estupendo. ¡Y era la medicina más barata! ¡Gratis, de hecho! ¡Y nunca podría extraviar esta medicina! ¡La llevaba consigo! ¡Estaba en su vejiga!

Años después, tras haber descubierto el secreto de Gandhi, Dodge seguía sano y feliz. Incluso encontró una institución médica, una clínica en Nueva York, exclusivamente dedicada a bebedores de «fluidos vitales». Tenían reuniones donde discutían temas de su interés, y decidió asistir. Era necesaria una buena cuota de valentía para entrar por primera vez a ese salón de reuniones. Estuvo aterrado hasta que finalmente alzó la mirada y miró alrededor. ¡Sorpresa! Todos sus viejos camaradas de los bares de meados estaban ahí

sentados, sonriéndole, felices de verlo, aplaudiéndole. Sintió como si de alguna manera hubiese vuelto a casa. La copa de su alegría rebosó. Por fin volvía al lugar donde pertenecía: entre el uno por ciento.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

Este libro, el segundo volumen recopilatorio de la obra de Cookie Mueller en castellano, viene a completar las obras escogidas de la autora, que fueron publicadas en inglés con el título *Walking Through Clear Water in a Pool Painted Black* (repitiendo así el nombre de la compilación que hizo Semiotext(e) en 1990). En castellano se ha dividido la obra en dos volúmenes: *Caminar por aguas cristalinas en una piscina pintada de negro*, para los textos autobiográficos ordenados cronológicamente, y *La verdad sobre el fin del mundo*, para las columnas y cuentos (o «fábulas», como las llama Mueller). Hedi El Kholti, Chris Kraus y Amy Scholder se encargaron de la edición original en inglés. Los volúmenes en castellano han estado a cargo de Alejandro Barahona, Alberto Calvo y Jochen Vivallo. Semiotext(e) agradece a Mallory Curley, Robert Dewhurst, Raymond Foye, Nan Goldin, Chloé Griffin, Gracie Hadland, Max Mueller, Bradford Nordeen y Janique Vigier.

Varios de estos textos aparecieron reunidos previamente en *Ask Dr. Mueller: The Writings of Cookie Mueller*, un libro póstumo editado por Amy Scholder (Nueva York: High Risk Books, 1997). *Ask Dr. Mueller* incluía las versiones originales de dos textos que habían sido publicados anteriormente, con algunas modificaciones, en *How to Get Rid of Pimples* (Nueva York: Top Stories, 1984), además de la totalidad de los libros *Fan Mail*, *Frank Letters*, and *Crank Calls* (Nueva York: Hanuman, 1988) y *Garden of Ashes* (Nueva York: Hanuman, 1988); también se recogía allí gran parte de la primera edición de *Walking Through Clear Water in a Pool Painted Black* (Nueva York: Semiotext(e), 1990) y algunas columnas de Cookie en el *East Village Eye* y en la revista *Details*, que vuelven a ser publicadas en este volumen. *Ask Dr. Mueller* también incluyó un texto que no había sido recogido hasta entonces en ningún libro firmado por Mueller: «El uno por ciento», publicado originalmente en *High Risk: An Anthology of Forbidden Writings*, editado por Amy Scholder e Ira Silverberg (New York: Plume, 1991).

How to Get Rid of Pimples incluyó doce historias (o «casos»), algunos desarrollados desde textos publicados previamente, y cinco aparecen aquí: «Brenda pierde» y «Valerie pierde 2» fueron antes publicados en *Bomb*, N.º 2 (1982); «Escucho a Estados Unidos hundirse, o una chica de las afueras ingenua y estúpida recibe su recompensa», aparecido previamente en *Lo Spazio Umano: Rivista Internazionale di Scienze Umane, Arte e Letteratura*, N.º 11 (abril-junio, 1984); «El misterio del agua del grifo», antes publicado en *Bomb*, N.º 6 (1983); y «La tercera melliza», antes publicado en *The World*, N.º 34 (1981). Presentamos la versión original de estos cinco textos, en lugar

de las versiones aparecidas en *How to Get Rid of Pimples*. (*Ask Dr. Mueller* reunió previamente estas versiones de «Brenda pierde», «Valerie pierde 2» y «El misterio del agua del grifo», mientras que las versiones de «La tercera melliza» y «Escucho a Estados Unidos hundirse, o una chica de las afueras...» son reunidas aquí por primera vez).

«Correo de fanáticos, cartas honestas y bromas telefónicas» se publicó como titulado en inglés *Fan Mail, Frank Letters, and Crank Calls*.

Finalmente, cuatro textos son inéditos: «Ronnie, la cucaracha», antes publicado en la revista *High Times*, en junio de 1986; «La cosa más simple», publicado en *Bomb*, N.º 24 (1988); «La verdad sobre el fin del mundo», publicado en *Angle of Repose*, editado por Nancy Peskin (Buffalo: Hallwalls, 1986); y «Qué fue antes», publicado en *Out of This World: An Anthology of the St. Mark's Poetry Project, 1966-1991*, editado por Anne Waldman (New York: Three Rivers, 1991).

ÍNDICE

Fábulas: 1981-1988

La tercera melliza	9
Brenda pierde	13
Valerie pierde 2	15
El misterio del agua del grifo	19
Escucho a Estados Unidos hundirse, o una chica de las afueras...	21
La verdad sobre el fin del mundo	27
Qué fue antes	33
El uno por ciento	37
La cosa más simple	47
Correo de fanáticos, cartas honestas y bromas telefónicas	57

Columnas: 1982-1989

Cookie Mueller	85
Ronnie, la cucaracha (<i>High Times</i>)	87
El consultorio de la doctora Mueller (<i>East Village Eye</i>)	91
<i>Art and About (Details)</i>	133
 <i>Procedencia de los textos</i>	 197

LA VERDAD SOBRE EL FIN DEL MUNDO

© The Estate of Cookie Mueller, 2022

© de la traducción, Rodrigo Olavarría, 2025

© los tres editores, 2025

www.lostreseditores.org

info@lostreseditores.org

*Ulises, 65
28043, Madrid*

Published by arrangement with Canongate Books Ltd

14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

Primera edición: septiembre, 2025

ISBN: 979-13-990508-8-2

Depósito legal: M-18047-2025

Diseño de colección y de marca: Oriol Corsà

Imagen de solapa: Laura Astorga Monestel

Corrección: Diego Jiménez F.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Impreso en España / Printed in Spain